

EL DESARROLLO REGIONAL EN AMÉRICA LATINA: CRÍTICA Y REFLEXIÓN

*Manuela Laguna Coral**

Introducción

UN ENFOQUE PARA APREHENDER LA SOCIEDAD, EL USO DE LOS RECURSOS Y LA ORGANIZACIÓN DEL ESPACIO DESPOJADO DE ESE MARCADO pseudocientificismo que el postmodernismo trata de imponer recreado en un conjunto abigarrado de técnicas de análisis regional que no permite comprender qué sucede realmente en el territorio, es la posible alternativa frente a la doctrina neoliberal, que solamente brinda la posibilidad para la especulación intelectual relacionada con el funcionamiento del territorio, a partir de experiencias "exitosas" aisladas y ubicadas en contextos históricos-políticos muy específicos y frente a la corriente utilitarista que se muestra en los esfuerzos por "ordenar el territorio".

Tal búsqueda es la demanda de una sociedad que observa con angustia cómo continúan vigentes los problemas territoriales y regionales de fondo, que los del desarrollo y subdesarrollo. Esta ausencia está asociada, entre otros factores, según Araujo (1999a), a

la escasa, por no decir nula autonomía de los estudios territoriales respecto a otras ramas del saber, de las cuales son tributarias; la concurrencia de diferentes especialidades profesionales en el interés por los problemas territoriales; la parcelación y compartimentación del quehacer de los diferentes grupos de estudiosos y profesionales; la diversidad de las conclusiones a que se llega, en ocasiones contradictorias,

y la interferencia de las ideologías en los análisis.

La diversidad de los procesos económicos

No hay regla suficientemente poderosa en la vida de los países y de las sociedades que garantice que una determinada acción producirá siempre un determinado resultado. Pero la historia no es tampoco una sucesión de hechos y circunstancias accidentales que imposibiliten toda definición de secuencias relativamente confiables. Sin embargo, la definición del sentido de ciertos acontecimientos siempre es tema de una reflexión que sólo es posible cuando existe una voluntad informada.

Desde una perspectiva en la cual los problemas del atraso económico constituyen la preocupación dominante, mirar hacia las experiencias concretas de países específicos significa enriquecer la cultura de lo posible, sondear combinaciones que puedan proporcionar enseñanzas insospechadas que no deben obviarse, pero tampoco convertirse en dogmas. Sin embargo, extrapolar tendencias dominantes en el pasado o convertir las experiencias de algunos países en paradigmas de validez universal puede conducir a errores de gran envergadura.

En la historia real de los procesos de desarrollo económico no existen reglas uniformes y definitivas; creerlo sólo significa orien-

* Universidad de Quintana Roo.

tar el pensamiento científico sobre el tema, al establecimiento de secuencias lineales que tal vez sirvan como reflejo de lo acontecido, pero de ninguna manera de indicación de desarrollos futuros inevitables.

Desde hace ya casi tres décadas, el problema del desarrollo y subdesarrollo económico constituye uno de los más frecuentes e importantes tópicos de discusión. Concentración y centralización de la economía y del poder político, de la toma de decisiones y de la información, sirven de base para estimular las desigualdades entre países, regiones y clases sociales.

El lenguaje corriente utiliza diversos términos como sinónimos para caracterizar tipos de naciones que se diferencian entre sí: países poco desarrollados, en vías de desarrollo, subdesarrollados, países pobres, países ricos, de producción primaria, países atrasados, de regiones desarrolladas, industrializadas, deprimidas, etc. Estos términos imprecisos y vagos, si se quiere desde un punto de vista estrictamente académico, ya que tienen connotaciones diferentes, inspirados en desarrollos teóricos de economistas norteamericanos, sociólogos europeos e ideólogos socialistas, resultan transparentes, en realidad, para el buen entendedor sobre el tipo de país o región aludida.

La problemática del subdesarrollo económico consiste en un complejo e interrelacionado conjunto de fenómenos que se traducen y expresan en desigualdades flagrantes de riqueza y de pobreza, en estancamiento, retraso respecto de otros países, potencialidades productivas desaprovechadas, dependencia económica cultural, política y tecnológica. Un país subdesarrollado "es una formación socioeconómica dependiente, un espacio donde el impacto de las fuerzas externas es preponderante en todos los procesos" (Santos, 1996). Por ese motivo, según destaca Santos, la organización de su espacio es dependiente. Sin embargo, la instancia económica es insuficiente para explicar el fenómeno del subdesarrollo y tiene que ser examinada dentro del sistema ideológico y político del que forma parte.

Las políticas de corte sectorial se han mostrado insuficientes para superar la situación de subdesarrollo y, por otro lado, incapaces para responder a los problemas resultantes del proceso de crecimiento de los países desarrollados. Estos enfoques más globales del proceso de desarrollo terminan, en una u otra

forma, subrayando los problemas de crecimiento, porque es dicho enfoque el que ha sido capaz de proporcionar un instrumental analítico y de política económica.

Esto constituye un ejemplo clásico de subordinación de la ciencia a los intereses de la producción y de los productores hegemónicos, donde se renuncia a toda vocación de servir a la sociedad, donde los atributos del fenómeno estudiado se confunden, intencionalmente o no, con la génesis (esencia) del mismo. En esta "aparente" confusión encuentran un amplio campo de acción las grandes firmas comerciales, los organismos gubernamentales e internacionales deseosos de prestar ayuda de tipo neoimperialista, sin reparar en las verdaderas causas de la miseria y las desigualdades sociales y espaciales.

¿Nuevos aportes al desarrollo de la ciencia regional?

Un comportamiento similar se observa en el campo de la producción teórica sobre desarrollo regional, donde a partir de la repetición de imágenes y de las dificultades empíricas, se desarrollan conjuntos de proposiciones yuxtapuestas, en las que se mezclan verdaderos hallazgos teóricos con caracterizaciones más o menos exitosas de la realidad regional. En ellas se manifiesta la preocupación por la parte en desmedro del todo, del polo en contraposición con la periferia, del dominio de la producción terciaria sobre la primaria y secundaria.

Con frecuencia se plantea que la crisis económica de los años setenta del pasado siglo representa un punto de ruptura en la espiral de avance del pensamiento científico sobre el desarrollo regional. Sin embargo, si bien es posible discrepar en cuanto a la denominación y características del actual periodo histórico, donde la ley del valor mundializada por los actores hegemónicos rige la producción total y organiza el funcionamiento de los países y territorios, y establece los niveles y formas de participación de los mismos en la División Internacional del Trabajo, en cuanto a la esencia del fenómeno en sí; se puede hablar de aportación reciente y novedosa en lo referido al desarrollo local, proceso fuertemente asociado a la reestructuración productiva y territorial que siguió a la crisis. Otros aspectos que se

han incorporado al arsenal teórico en este período según Araujo son los nuevos enfoques de los análisis de la convergencia y divergencia en los niveles de desarrollo, el papel de la descentralización en la política regional y la relación entre globalización y el análisis de los problemas territoriales.

Esto lleva al reconocimiento de un hecho que puede parecer cuestionable para aquellos estudiosos del fenómeno regional. La *ciencia regional*, entendida como aquella disciplina que "trata de comprender y explicar el conjunto de leyes que rigen y regulan la organización del espacio y las relaciones entre sociedad, economía y territorio" (Araujo, 1999) ha avanzado muy poco. Mucho más rápido han avanzado las técnicas a emplear en esta disciplina. Ante el hecho real de disponer de métodos cada vez más elaborados para capturar e interpretar la realidad, surge la preocupación de que ello no ha permitido revertir los procesos de degradación que hoy se observan en el espacio global y, en particular, latinoamericano. De ahí que sea necesario llamar la atención en cuanto a las limitaciones que presentan tanto los modelos sofisticados, como la reflexión histórica para establecer reglas de validez universal.

Una lectura de las experiencias del pasado, hecha a partir de las preocupaciones del presente, necesita vencer, a cada paso, la tentación de convertir en paradigmas aquellos procesos históricos cuyas enseñanzas se quieren, de alguna manera, transferir a la actualidad. Un ejemplo de ello es la experiencia norteamericana en desarrollo regional que ha estado condicionada por la carencia de un enfoque nacional coordinado, donde la fragmentación de esfuerzos (proyectos y programas de desarrollo), descentralización y transferencia de poderes a los estados, el poder autónomo a los gobiernos locales y la fuerte competencia por los recursos entre los estados y áreas locales, ha dado lugar a características significativamente diferentes a las de los países de la Unión Europea (Suárez Villa, 2000).

En ello se observa la ausencia de marcos teóricos emanados de la necesidad de conservar la unidad del objeto de estudio (región) y con la capacidad de realimentarse desde la realidad y devenir en productos útiles para caracterizar los atributos del fenómeno estudiado; pero no para comprender su naturaleza y darle solución a la situación detectada.

La elección de esta dirección para el estudio del espacio y la diferenciación regional no garantiza el enfoque histórico necesario, sin el cual la totalidad aparecería de una forma caótica. Ir a la génesis (esencia) del fenómeno, sobrepasar el aspecto (atributo) y alcanzar el contenido (núcleo) es fundamental para elaborar la teoría correcta, para la producción del conocimiento científico sobre desarrollo regional.

A título de ejemplo, se pueden mencionar los conceptos de *pala de desarrollo, regiones en transición, circuito superior-circuito inferior, circuito nacional-circuito regional* y los *complejos territoriales productivos*, entre otros (Santos, 1996), que son conceptos teóricos de gran riqueza, pero que sucumben en intentos de descripción y clasificación reñidos con sus propias bases teóricas, transformándose en verdaderas trabas para la producción de conocimiento científico.

En el mismo sentido, se expresa Bassols, cuando destaca que

en la cuestión regional reina todavía mucha confusión, derivada en parte de un error, el de creer que nosotros deseamos imponer un concepto de región global negando la existencia de otros tipos de regiones, por ejemplo las naturales, demográficas, tradicionales, etc. Nada más falso: lo que sí afirmamos que las regiones socioeconómicas son como la cúspide de la pirámide y que por ello son las únicas que pueden servir convenientemente para fines de ordenación territorial y en caso dado, de planeación nacional y regional (Bassols *et al.*, 1986).

Las investigaciones en torno al desarrollo regional son tan objetivas como la propia economía y sociedad que reflejan. El objeto de investigación queda definido por el hallazgo de un esquema de regionalización económica en términos de ciudades regionales y límites, entendido como un medio y no como un fin o un fin relativo en una investigación. Tal esquema adquiriría la dimensión de una estrategia investigativa que permitiría interactuar y organizar el pensamiento general y evaluar consecuentemente las acciones locales concretas.

En un plano general, la regionalización económica, como teoría, permite revelar y profundizar los procesos económico-territoriales que en forma diferenciada interactúan

para conformar el sistema de la economía nacional; ello demanda la necesaria y permanente estrategia investigativa de la correlación entre los problemas territoriales (generales) y los regionales (individuales) del desarrollo económico social (Propin, 1997).

La concepción de la totalidad, de la parte y del todo propio de cada situación debe guiar al investigador regional para no perder su visión histórica y comprensiva de los hechos. La libertad para crear, para conocer, encuentra un camino transitable en la recuperación y desarrollo de la capacidad para comprender el todo regional; hecho que remite a una concepción metodológica por la que se identifican los problemas inherentes a la interfase entre la sociedad, su historia y el medio natural, única forma en que el conocimiento sirve a la transformación de la sociedad.

La interacción de la sociedad, en términos de las relaciones sociales de producción, genera efectos en el medio natural que alteran la dinámica del mismo. El estado de la globalización del sistema social en el contexto de su crisis, ha producido fenómenos dignos de ser considerados. El espacio como producto social es cada vez menos el resultado exclusivo de la sociedad que lo habita, de su estilo propio de organización de la circulación, de sus formas de asentamiento, de la tecnología utilizada para dominar los recursos y las distancias. Es el resultado del sistema social de alcance globalizado con su correlato de formas de dominación y sus efectos sobre esas y otras variables de alta respuesta en la organización del territorio.

Nunca la sociedad local ha sido tan penetrada por los mecanismos de manejo de los excedentes a escala mundial. Nunca como ahora la modalidad del uso de los recursos naturales depende tanto de las necesidades y dinámica de la reproducción ampliada del capital a escala mundial. Nunca se ha controlado de la manera presente la circulación de bienes a escala mundial, regulado el consumo y, por ende, el funcionamiento de los mercados, hasta el punto que un supuesto "libre" comportamiento de los mismos asegure a buena parte de los países del ex tercer mundo su condición de "emergentes".

En este contexto, las políticas de desarrollo económico local constituyen una respuesta necesaria ante los principales retos e imperativos planteados por el agente estructural real de las economías latinoamericanas,

ya que se orientan, fundamentalmente, a asegurar la introducción de innovaciones tecnológicas y organizativas en la base productiva de cada territorio (Albuquerque 1995).

En concordancia con lo antedicho, el espacio registra las consecuencias de una marcada y creciente diferenciación social, cuyo producto es la existencia de una cantidad mayor de bolsones de pobreza y hambre, con un nuevo fenómeno social, el de la exclusión. A estos bolsones son incorporados aquellos que no han tenido cabida en el sistema y son expulsados del mismo porque no tienen ubicación, ni aun en el ejército industrial de reserva. Los excluidos sólo intentan subsistir y constituyen un grupo marginal rechazado o ignorado por el conjunto social que se manifiesta en la periferia de las grandes ciudades, o en las no tan grandes, que a veces abarcan países completos y que también se manifiestan en las áreas rurales.

En este contexto, en forma correspondiente con la fragmentación social, se registra la fragmentación del espacio. Distintos grupos sociales coexisten en el espacio, pero no conviven en el territorio. Por ejemplo, ¿cuántos espacios diferenciados, sin ninguna relación funcional con otros espacios, hay dentro de una ciudad o área rural? Constituiría, a su vez, una seria equivocación en el sendero metodológico abordar esa fragmentación social y territorial como fenómenos en sí, desconectándolos de las contradicciones actuales del sistema y de la modalidad actual de polarización global.

La realidad regional y la conciencia que de su propio mundo tienen los habitantes, transcurren en el contexto de las formas modernas de reproducción del capital, en el marco de las enunciadas restricciones del sistema. La mayor o menor aceptación que la conciencia social tiene con respecto a esas restricciones, marca el ámbito para el conocimiento comprensivo del fenómeno regional y el ámbito de la acción posible. Toda especulación conceptual que fragmente el conocimiento de ese "todo", determina restricciones concretas a las posibilidades transformadoras en materia de buen uso de los recursos, acumulación del capital y distribución del ingreso. En este sentido, el conocimiento es, como siempre, revolucionario.

El espacio refleja las actuales contradicciones del sistema globalizado y permite apreciar dos elementos imbricados el uno con

el otro: la naturaleza con su propia dinámica y el capital fijo acumulado con su propia expresión tecnológica. La tecnología depende, a su vez, como componente instrumental en la ocupación y diferenciación del espacio, de la modalidad que adopte la reproducción ampliada del capital en una situación histórica dada.

Las tecnologías más avanzadas están vinculadas a circuitos de acumulación de mayor extensión e importancia a escala mundial, mientras las más atrasadas lo están principalmente a circuitos de acumulación de alcance local. Cualquier tentativa de seccionar este continuo de relaciones tendrá como consecuencia una apropiación parcializada del objeto regional.

América Latina y México: un análisis reflexivo

La gran desigualdad es una característica frustrante del desarrollo regional de América Latina. A pesar de las reformas estructurales puestas en marcha en toda la región y la "recuperación" del crecimiento económico, América Latina tiene niveles de pobreza extremadamente altos y sus diferencias espaciales se agudizan. La persistencia de la pobreza tal vez sea el aspecto más frustrante del desarrollo latinoamericano. La necesidad de actuar en contra de la desigualdad y de la pobreza extrema debe ser una prioridad en los programas de desarrollo económico y, en particular, de desarrollo regional orientados a una mejor distribución de los ingresos y recursos para un desarrollo más equitativo en lo social y espacial.

El crecimiento económico ha elevado, sin duda, el nivel de vida para muchos, pero las ganancias han pasado desproporcionadamente a los grupos de alto ingreso. En tres estimaciones sucesivas hechas por el Banco Mundial, sobre la parte del ingreso que va a parar al 20% más pobre de cada región, América Latina ha sido la única región del mundo industrializado o en desarrollo que ha decrecido persistentemente.

Los numerosos estudios sistemáticos de los factores que han caracterizado las distintas fases del desarrollo latinoamericano, coinciden en que las particularidades del desarrollo económico y social de América Latina resultan inteligibles, cuando se les relaciona con las

sucesivas modalidades y etapas del sistema de relaciones económicas internacionales desde el momento mismo de la conquista y colonización.

Dos parecen ser los factores principales que, con raíces en el periodo colonial, han prolongado en el tiempo su gravitación sobre la estructura distributiva regional. Uno de ellos refleja básicamente la organización productiva y las relaciones de trabajo cristalizadas durante ese periodo. El otro atañe a la concentración regional de los asentamientos humanos y de las actividades productivas, originada en los objetivos dominantes de la organización colonial.

El espacio latinoamericano tuvo en sus orígenes funciones económicas y político-administrativas que sólo adquieren sentido en relación con los grandes objetivos de la explotación colonial: sometimiento y control de la fuerza de trabajo servil o esclava, o actividades dirigidas a transferir recursos a las metrópolis.

Ello conduce a admitir que las principales transformaciones económicas de la región no se han gestado en virtud de las condiciones objetivas existentes en el plano interno, sino han respondido a imperativos —más o menos directos— de los sistemas económicos internacionales en que la región estaba inserta.

La inserción de la América Latina en el nuevo sistema de relaciones económicas internacionales que gestó la expansión del capitalismo industrial en Europa, alcanzó su mayor ímpetu inicial en la parte sur del continente. Esta evolución fue una respuesta a la relativa debilidad del imperio colonial en esas zonas y a la naturaleza de los requerimientos que de modo predominante exigía el desarrollo económico inglés: insumos para la industria textil y alimentos para la población urbana en expansión.

A partir de la división internacional del trabajo, que se gestó a consecuencia de la expansión industrial europea, América Latina quedó en la periferia subdesarrollada, cuya participación económica en el proceso se caracterizó por su complementariedad.

México, como la mayoría de los países en vías de desarrollo, sufre de una desigualdad económica social y cultural, cuyos contrastes regionales se hacen cada vez más agudos y las brechas entre pobres y ricos se están ampliando.

El análisis del desarrollo económico social de un país como México y el de sus regiones, tomando como punto de partida el proceso de acumulación capitalista, nos obliga a considerar el capital como la categoría histórica a la que primero se han subordinado las demás formas no capitalistas, afectando a la sociedad mexicana. Por ello, son las leyes de la producción y reproducción de la ganancia y trabajo asalariado las que imponen un particular desenvolvimiento a la nación y sus regiones.

De la misma manera que el proceso de acumulación capitalista nos indica que nuestro país participa en el contexto mundial, con un determinado papel en la división internacional del trabajo, dentro de la nación, las regiones que participan en el proceso de acumulación capitalista forman parte de una división nacional del trabajo.

La realidad social y económica existente en el territorio mexicano exige actuar en aras de recuperar la importancia de lo regional, dentro del marco general de políticas, considerando el nuevo entorno económico y político. En esta época de globalización, lo "regional" puede convertirse en un factor que contribuya a la consecución de los grandes objetivos nacionales: crecimiento económico, empleo, competitividad, sustentabilidad, equidad y disminución de la pobreza.

El país, empujado por la aguda crisis económica manifestada en 1982, se vio forzado a implantar un nuevo modelo de desarrollo, que sobre la base de un esquema de corte neoliberal, desplegó una serie de medidas de ajuste y estabilización. Bajo ciertos criterios netamente macroeconómicos, iniciada la década de los noventa parecía que en el país se había logrado un nuevo "milagro mexicano". Los eventos de diciembre de 1994 echaron abajo esta idea, al evidenciarse un nuevo ciclo de crisis y recesión. El análisis reflexivo de este proceso evolutivo y sus consecuencias se analizan a continuación.

La existencia de grandes desigualdades interregionales en México se observa en las estimaciones de los niveles de desarrollo socioeconómico de las entidades federativas del país. Estos revelan que, salvo excepciones, la posición de los estados en el nivel de desarrollo ha permanecido relativamente sin cambios en los últimos 80 años. El Distrito Federal y los estados del norte del país (Nuevo León, Baja California, Coahuila, Sonora, Chihuahua) han

clasificado entre los primeros lugares, mientras los estados del sureste (Chiapas, Oaxaca, Guerrero) ocupan los últimos lugares. Las excepciones más notables han sido el Estado de México, saltando de los últimos lugares a los primeros diez y, en forma opuesta, Durango, que ha descendido en su posición durante las últimas décadas.

Una estimación de la evolución de las desigualdades interregionales de México para el período 1970-1993 —último año para el cual se cuenta con información del PIB por entidades federativas—, según Williamson (citado por Wong, 1997), muestra la persistencia tendencial de las desigualdades. Mientras en 1970 la diferencia en el PIB per cápita entre los estados con mayor y menor nivel era 5.2 veces, en 1980 se había reducido a 4.6, aumentando de nuevo en 1988 a 6.4 y a 5.1 veces para 1993. Paralelamente, las desigualdades interregionales se acentúan en el período mencionado.

Una conclusión importante derivada de este análisis es el cuestionamiento sobre lo acertado de las políticas de desarrollo regional que habían manejado tradicionalmente los distintos gobiernos en sus programas, con el objetivo de disminuir las desigualdades interregionales que marcaba la estrategia central de sus acciones.

A partir de los ochentas, los impactos regionales más significativos estuvieron ligados a una nueva configuración territorial del sector manufacturero, la cual, más que producto de políticas espaciales específicas, fueron consecuencia de políticas y fenómenos macroeconómicos. Entre tales impactos se puede mencionar el proceso de integración internacional, reforzado por la política de apertura comercial y la firma del TLC, así como la política en el tipo de cambio de la moneda, que abarataba el costo de la mano de obra.

Con el proceso de integración internacional las regiones fronterizas adquirieron mayor relevancia. En el funcionamiento de la economía se registró una importante redistribución de la capacidad manufacturera hacia el norte y centro-norte del país, cuando tradicionalmente entre 55 y 60% del producto y el empleo industriales se había concentrado en sólo dos municipios de la región centro-sur (ubicados en el Distrito Federal y el Estado de México).

Asimismo, Garza y Rivera (Torres y Gasca, 1995), al referirse a las desigualdades

regionales y urbanas de México, señalan que, con excepción de algunos centros petroleros (Campeche) y turísticos (Quintana Roo), durante la "década perdida", fueron los estados del norte del país los que mejoraron su posición en términos de ingreso per cápita.

Con el cambio en el patrón de localización industrial surge una nueva división territorial del trabajo en México. Si bien las políticas de descentralización industrial pudieron haber sido aprovechadas, no fueron éstas las que motivaron la redistribución geográfica de la industria. Políticas con este objetivo existieron desde hace más de cuarenta años y nunca fueron efectivas.

El Valle de México (D.F. y el Estado de México) registra un proceso de recomposición de la base productiva de la Zona Metropolitana de la ciudad de México (ZMCM), caracterizada por los fenómenos de desindustrialización y terciarización de la economía (Gasca y Rivera, 1994).

Esto no significa que el PIB de la ZMCM en su conjunto mantenga una tendencia descendente, sino que se encuentra en un proceso de reestructuración de su base productiva, en el cual los sectores de industria tradicional van perdiendo posición y las ramas manufactureras modernas, de mayor nivel tecnológico, pero sobre todo de servicios especializados, ganan por participación.

En este proceso, las empresas transnacionales, que habían coadyuvado enormemente a la concentración industrial en la zona del Valle de México, a partir de los ochentas se convierten en agentes impulsores de la redistribución geográfica manufacturera hacia el norte del país.

Esto ha derivado en la aparición de nuevos conceptos y formas de planeación y gestión del desarrollo regional. Por ejemplo, se empieza a formular estrategias de desarrollo regional transfronterizo, adoptando esquemas de planeación regional binacional. Tal es el caso, por ejemplo, del plan de acción conjunto titulado "Visión Estratégica del Desarrollo Económico de la Región Sonora-Arizona", cuyo objetivo es obtener mayores niveles de complementariedad y competitividad en los mercados internacionales, considerando a los dos estados como una sola región económica integrada. Cabe resaltar que, a lo largo de la frontera México-Estados Unidos, se han presentado varios casos en la línea de acción señalada.

En cierto sentido, con estos procesos se perfila la conformación de lo que Sergio Boisier (Sergio Boisier, 1993) denomina regiones virtuales, es decir, acuerdos entre regiones —no necesariamente geográficamente contiguas—, para alcanzar ciertos objetivos comunes. Este conjunto de acciones regionales a nivel internacional ha generado una intensa competencia entre los estados y municipios de México por atraer inversiones y colocar exportaciones, así como un movimiento similar entre los estados de la Unión Americana por ubicar operaciones productivas y concertar convenios comerciales en territorio mexicano.

La oleada de inversiones y el surgimiento de nuevos espacios industriales en el norte de México no significan que algunas economías regionales de esa gran zona no hayan sido afectadas negativamente durante la década de los ochenta. De hecho, la conjunción de la apertura con la profundización de la crisis de sectores tradicionales de base primaria —producto de problemas estructurales y el manejo coyuntural de la política hacia el campo—, ha conducido al estancamiento y depresión económica de regiones cuya dinámica depende de la evolución de este tipo de actividades (agricultura, pesca, minería y agroindustria tradicional, principalmente). En el estado de Sonora, por ejemplo, regiones agrícolas como la del Valle del Yaqui, otrora considerada "Granero de México" y cuna de la "Revolución verde", se encuentra en situación de franco estancamiento.

El rezago que hoy se observa en la disponibilidad de bienes y servicios para el bienestar social de numerosos sectores de la población mexicana y de las regiones donde habita, es incompatible con el nivel de ingreso medio per cápita que el país tiene, pero compatible y explicable a través de la concentración de la propiedad que hace que los extremos de riqueza y pobreza causa de que se agudicen con marcadas tendencias en algunas zonas del país.

Conclusiones

La década de los años noventa muestra el abandono de la dimensión regional en las políticas de desarrollo del Estado mexicano. Al finalizar el primer lustro de la pasada década, se había eliminado la mayor parte de las medidas que tendían a discriminar e incidir

diferenciadamente entre regiones. Con ello, la competencia entre estados y entre municipios por obtener recursos y atraer capital alcanza magnitudes insospechables. Estos procesos reflejan, sin lugar a dudas, la necesidad de adoptar un nuevo enfoque en materia de política regional.

Ante los retos que plantea al país el proceso de apertura e integración internacional, el dominio de lo sectorial se manifiesta en los impactos territoriales que se tuvieron durante la década de los ochenta. Con excepción de algunas zonas de explotación de hidrocarburos y centros turísticos de alto nivel, por la cercanía con Estados Unidos, este condicionamiento fue reforzado por la ubicación geográfica, el desarrollo de la infraestructura y la calificación de la fuerza de trabajo, entre otros factores.

En el contexto del proceso de integración, los estados de la federación y los gobiernos locales están adquiriendo mayor relevancia. Sin embargo, cuando se valoran los impactos regionales diferenciados que está provocando el TLC, se observa que en las regiones del norte del país, donde prevalece la industrialización basada en el aprovechamiento de las ventajas comparativas/competitivas en los mercados de Estados Unidos, éste no ha posibilitado el desarrollo de políticas regionales/locales orientadas al desarrollo de su potencial endógeno.

En las políticas regionales orientadas mayormente a la desconcentración de la actividad económica y la población de la Zona Metropolitana de la ciudad de México se observa la inexistencia de una estrategia coherente que previniera el crecimiento de los nuevos centros industriales.

A su vez, como destaca Bassols, el

proceso de deformación estructural de la economía forma un espacio muy polarizado de acentuado desequilibrio regional centro periférico entre la región capitalina en constante crecimiento económico y social en detrimento del proceso de asimilación económica del resto del país (Bassols, 1986).

Las políticas de desarrollo regional implementadas en el país con un carácter marcadamente asistencialista y orientadas a las necesidades sociales de la población en las "regiones problema" mostraron su ineficacia. Es necesario crear las condiciones para establecer una base productiva capaz de generar empleos bien remunerados y un proceso de crecimiento autogenerativo.

La realidad social y económica existente en las diferentes partes del territorio mexicano —según Wong— exige actuar, al menos, con base en cinco ejes estratégicos:

1. Recuperar la importancia de lo regional dentro del marco general de políticas, considerando el nuevo entorno económico y político en que se inserta el Estado.
2. Los objetivos de la política regional deben ser consistentes con la fase actual interna y externa del proceso de desarrollo nacional.
3. Pasar de un enfoque netamente "espacialista" o "asistencialista" de la política regional, a un enfoque donde las diferentes regiones de un país puedan organizarse y mejorar la capacidad de gestión de su propio desarrollo.
4. Establecer mecanismos de compensación o subvenciones —sin caer en la subsidiaridad populista o "desarrollismo"—, para regiones que se encuentren en situaciones críticas —atraso endémico— y requieran del impulso externo para encauzarse en una dinámica autogenerativa.
5. Fortalecer una apertura interna, para lo cual es condición necesaria alcanzar una verdadera descentralización, que implica el logro de mayores espacios de democratización de la vida nacional.

Estamos en un momento de enorme importancia para el desarrollo de la sociedad mexicana, en un momento marcado por la integración regional, la globalización y el avance del neoliberalismo. Prestigiosos políticos mexicanos se han referido al papel que en el mismo deben desempeñar las economías regionales. Valga a modo de palabras finales de este ensayo, los pronunciamientos de Luis Donaldo Colosio en el VII Foro Empresarial del Sureste "Integración para el Desarrollo Regional", Villahermosa, Tabasco, junio 18, 1993, y durante su discurso ante el monumento a la Revolución en la ciudad de México, el 6 de marzo de 1994:

Uno de los grandes signos de la época es el de las regiones. Vivimos en un momento de redefinición de los mercados a partir de las

regiones. Cada región quiere afianzar su cultura y construir un mejor futuro [...] El desarrollo del país es el de sus regiones [...] Es la hora de las regiones de México, para aprovechar mejor los recursos, para aprovechar mejor la capacidad y el talento de

cada una de las comunidades del país, de cada ciudad de nuestro país, de cada estado de la República [...] Es la hora de superar la soberbia del centralismo [...] Reformar el poder significa llevar el gobierno a las comunidades a través de un nuevo federalismo.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBURQUERQUE, F. (1995), *Espacio, territorio y desarrollo económico local*, Santiago de Chile, ILPES.
- BASSOLS, B. et al. (1986), *Aportaciones a la investigación geo-económica regional. Cuadernos de Investigación*, México, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.
- BOISIER, S. (1993), "Postmodernismo territorial y globalización: regiones pivotaes y regiones virtuales", doc. 93/19, serie Ensayos, Santiago de Chile, ILPES-ONU, noviembre.
- GARZA, G. y S. Rivera (1994), *Dinámica macroeconómica de las ciudades en México*, Aguascalientes, INEGI, Colmex, IIS-UNAM.
- LÁZARO A., L. (1999), "Viejos y nuevos paradigmas, desarrollo regional y desarrollo local", *Ciudad y territorio. Estudios territoriales*, XXXI (122).
- PROPIN, E. (1997), *Desarrollo regional en México*, México, UNAM.
- ROFMAN, A. (1984), "Subsistemas espaciales y circuitos de acumulación regional", *Revista Interamericana de Planificación*, vol. XVIII (70).
- SANTOS, M. (1996), *De la totalidad al lugar*, Barcelona, Oikos-Tau.
- SANTOS, M. (1996), *Metamorfosis del espacio habitado*, Barcelona, Oikos-Tau.
- SUÁREZ-VILLA, L. (2000), "Una macroperspectiva sobre el desarrollo regional en los Estados Unidos desde los años 40", *Ciudad y territorio. Estudios territoriales*, XXXII (126).
- TORRES, F. y J. Gasca (1995), "Refuncionalización espacial y desaceleración económica: el caso de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México", *Encuentro Nacional sobre Desarrollo Regional en México: Antecedentes y Perspectivas*, Querétaro, AMECIDER-UAQ, 26-28 de abril.
- Wong, P. (1997), *La paradoja regional y regionalismos emergentes en México: entre la globalización y el centralismo*, doc. 97/36, serie Ensayos, ILPES, ONU/CEPAL.